

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

KERRY-MOYAMEA (1).

(Continuacion.)

El guerrero se quitó las manos del rostro, y enseñó sus mejillas surcadas por dos arroyos de lágrimas. Entonces la joven se estremeció.

—¡Oh hermano! ¡hermano mío! le dijo: ¡abre tu oído para oír mi corazón que va á hablar: que mis palabras sean como el viento de la mañana cuando bebe el rocío que la noche esparce gota á gota sobre el cáliz de las flores de la sábana!... ¿No sabes que tu hermana adoptiva es también hija de los bosques? ¿por qué lloras, pues, delante de ella como el castor cuando ve á sus hijuelos degollados por el tomahawk del cazador?..

guido por los perros, vuelve á ser hombre, y cántame tu canción de guerra, porque las timidas hijas del Occidente, aman á los hombres valientes y fuertes.

Garakoutié se levantó, agitó sacudiendo la cabeza, las largas plumas que adornaban su cabellera, hizo girar dos ó tres veces su tomahawk en derredor de su cabeza, y comenzó su canción salvaje, golpeando con el pie, y lanzando su grito de guerra.

«¿War-houp? ¿war-houp?... (1)

«El mico (2) de la tierra de Onas, ha venido á buscar al sagamora (3) de los delaware, y le ha dicho: Custaloga, vende á los blancos las tierras que confinan con las márgenes del Ohio y del Muskingum: en cambio te daré bermellón para que se pinten tus guerreros, carabinas para matar bisontes, y agua de fuego para regocijarte el corazón. Custaloga, el gran sagamora de los

tenemos hambre.—Y nosotros les hemos contestado: comed, ahí están nuestras calderas: calentaos, ahí están nuestras lumbres: dormid, ahí están nuestras pieles de oso. Después se pusieron á construir fuertes en la embocadura de nuestros rios, en nuestros caminos de transporte y en nuestros puntos de reunión para la caza, bajo pretexto de establecer almacenes de peletería: han ahuyentado la caza de nuestros bosques y el pescado de nuestros lagos: han derribado nuestros árboles, destruido nuestros bosques, y luego haciendo surcos en la tierra para sembrar sus pequeños granos, han espuesto al sol, á la lluvia y á la nieve, los emblanquecidos huesos de nuestros antepasados. Entonces hemos visto que los hombres barbudos son traidores (4) y mentirosos, y desde las riberas del Erié hasta las del Ohio y del Muskingum, ha resonado el grito de guerra en los bosques y en las montañas

«¿War-houp!... ¿war-houp!...

«He empuñado mi tomahawk y mi carabina, y con los guerreros de veinte poderosas naciones, he lanzado el grito de guerra, he pasado el Ohio, y he entrado en la tierra de Onas, mientras que mis hermanos con el cuchillo en una mano y la tea en la otra, incendiaban los fuertes Beuf y Venange, en la orilla del lago Erié: de la Beie, en la del Michigan, de Penhiky, de Myamy, de Ouyatanon, en la margen del Wahash, del Sanduski en la orilla del lago Junoudat, y de Michillimakinac. Soy un gran guerrero, y mi brazo es fuerte. He incendiado como el rayo, y como el oso negro (2) he roto el cráneo de mis enemigos. Durante tres lunas, he llenado de terror y de desesperación el corazón de los blancos, deslizándome en las sombras de la noche como la pantera (3) y arrastrándome por entre los matorrales como la serpiente de cascabel. Veinte veces, cuando desaparecían las tinieblas ante las llamas del incendio, he lanzado mi grito de guerra (4).

«¿War-houp!... ¿war-houp!...

«Una noche, al aparecer la luna, sali arrastrando de un sombrío bosque, y agucé mi cuchillo en la peña. Mis hermanos y yo nos lanzamos como lobos cenicientos (5) que ponen la nariz al viento, y doblan el corvejon en los matorrales. Todo dormía en derredor nuestro excepto el rencor y la venganza. Ya veíamos el tejado de una casa de hombres blancos, y oíamos á los perros de la quinta esparcir la alarma, cuando mis imprudentes amigos, llevados por su intrepidez, hicieron resonar el eco de las montañas, con su terrible grito de guerra. Nos precipitamos con el tomahawk levantado... pero era demasiado tarde: los hombres barbudos habían huido precipitadamente, dejando detrás de sí sus ganados y sus riquezas, pensando únicamente en salvar sus cabelleras. Garakoutié es un gran guerrero... su brazo es fuerte, pero no hiere mas que á sus enemigos. Miré en silencio elevarse las llamas desde los pajizos techos, por la region del aire, dilatarse y replegarse en medio de una nube de humo, como unas serpientes de fuego, y lancé mi grito de guerra.

¡War-houp!... ¡War-houp!...

«Entonces, otro grito, penetrante como una flecha, resonó en medio de las chispeantes llamas, y temí perder una cabellera. Me arrojé por entre el incendio, y



Garakoutié trabajando la tierra.

Garakoutié, cuando á la claridad de la luna arrojas tus anzuelos al lago, aguardas que el salmón vaya á mordernos: cuando abres un agujero en el hielo del Tuskaraway, es para esperar que la rata almizclada (2) vaya allí á respirar: cuando te pones en emboscada detrás de una zarza de hemlock con una mano en el puño de tu cuchillo, y la otra en tu carabina, aguardas á tu enemigo para herirle por detrás (3) y todo esto porque sabes que la paciencia es la virtud del verdadero guerrero. ¿Por qué te ha de volver la paciencia la espalda cuando se trata de Moyamea?... ¿Te he dicho que no te amaba?... no. Te he dicho, no soplaré jamás tu tizon, no extenderé la piel de oso, no encenderé jamás el fuego de tu wigwam, ni recogeré las cenizas de tu hogar, ni iré jamás á los bosques á recoger la caza que hayas muerto? no: lo que te he dicho ha sido: adora al Ockimaw de mis padres, y seré tu muger porque te amo. Así pues, deja de quejarte como un gamo perseguido.

delaware, le respondió: estas tierras son el solar de nuestras aldeas, en las cuales nacieron los padres de nuestros antepasados, nuestros antepasados también y en donde viven todavía algunos de sus hijos, de quienes somos descendientes. ¿Podemos decir á nuestros ancianos, arrolla tu piel de oso, apaga tu lumbre, embárcate en tu canoa, y ven con nosotros á alzar tu wigwam bien lejos de aquí?... ¿podemos decir á esos huesos venerables que reposan bajo los vecinos árboles: levántaos, dejad vuestros sepulcros, y seguidnos á una tierra estrangera?...

«¿War-houp!... ¿war-houp!...

«Entonces el mico se volvió á las tierras de Onas; pero envió á sus arañadores de tierra (4), que atravesaron los Alleghany, no como el águila que se cierne sobre la cima de los montes, sino como la serpiente que se desliza por entre la yerba. Ellos dijeron: hermanos,

(1) Grito de guerra de los indios, el mas penetrante que á mi parecer puede producirse.

(2) Antiguamente los indios llamaban mico al gobernador de la Pensilvania.

(3) Cada gran nacion india estaba gobernada, ó mas bien aconsejada por un gefe ó sagamora: cada nacion se dividia en tribus, cuyos gefes particulares tomaban la denominacion de sachems.

(4) Como los indios vivian exclusivamente de la caza y de la pesca, llamaban arañadores á tierra (descripa terrones) á los cultivadores á quienes desprecian soberanamente.

(1) El lector sabe muy bien que los indios no tienen barba.

(2) Esto es una pura ficción de la poesia metafórica de los salvajes, porque el oso negro (*ursus polaris*), (*ursus americanus*), no es nada feroz, y aunque tenga mucha hambre, no ataca jamás á otros animales que á los pescados, que segun cuentan, sabe pescar con mucha destreza.

(3) No hay pantera en América; pero los colonos dan este nombre al jaguar (*felis onca*, Lin.) en la América Meridional, y al linee del Canadá (*felis canadensis*, Geoff.) en la América Septentrional. El primero es un animal terrible, mas peligroso que la verdadera pantera de la India: el segundo no ataca jamás al hombre, ni vive mas que de caza menuda. En cuanto al tigre, solo existe en las Indias Orientales, especialmente en Bengala.

(4) En su canción, Garakoutié refiere bastante bien como principió la guerra en 1763; pero segun la costumbre de los salvajes, se alaba y ensalza á su nacion á espensas de la verdad. Al oírle, parecia que Custaloga su sagamora, era el gefe de la confederacion indiana, siendo así que lo fué Pondiack, gefe ontawa, célebre durante largo tiempo por su sabiduria y su elocuencia en el consejo y por su intrepidez en los combates. La conquista del Canadá fué lo que abrió los ojos á los indios acerca de los proyectos de los blancos, y sobre todo la usurpacion de grandes porciones de terreno que no les habian comprado. Las naciones sanduski, munsy, cagnawaga, ontawa, wijandot y wingeo, en union de los delaware y demas naciones del Ohio, desempeñaron el principal papel en esta guerra, que puso á la Pensilvania, Mary, Jaud y la Virginia á dos dedos de su pérdida. Pondiack concibió la primera idea de ella, que de hecho quedó el gefe de la confederacion. Para reducir mas fácilmente por hambre á los fuertes y puestos de que querian apoderarse, y cortarles toda comunicacion con las provincias cultivadas, decidió que una parte de sus tropas formase el bloqueo, mientras que la otra, en el momento de la recoleccion, haria una irrupcion general en las fronteras de la Pensilvania, del Maryland y de la Virginia, cuyos habitantes debían pasar á cuchillo, matar los animales, é incendiar las casas y las granjas, lo cual fué ejecutado en parte.

(5) *Canis nubilus*, Say. Es mas grande y mas feroz que nuestro lobo de Europa.

bien pronto deposité sobre la yerba humedecida con el rocío, una joven que apenas parecía contar trece recolecciones del maíz (1). Mis hermanos sacaron sus cuchillos; pero el viento de mis palabras soplo en sus oídos.—Esta cabellera me pertenece, les dije, y Garakoutié es un guerrero fuerte que no hace la guerra a las mujeres: esta es mía; el que se atreva a disputármela que se acerque, y verá si doy duro y firme. He dicho.—Ninguno se adelantó: cogí a la niña en mis brazos, y ligero como el gato tigre (2) que se lleva un débil cervatillo, atravesé los bosques, las montañas, los arroyos y los ríos, y vine a depositar mi inocente presa en el umbral del wigwam de mi padre, dando mi grito de guerra y de victoria:

¡War-houp!... ¡War-houp!...

El indio dejó de cantar, y la joven enternecida le alargó la mano.

—La verdad sale de tus labios, Garakoutié, y hasta en el país de los espíritus me acordaré de que aquella noche te debí dos veces la vida. Toma, le dijo, sacando de su pecho el rollo de corteza blanca de abedul, aquí está escrito todo lo que tú y tu familia habéis hecho por mí.

—¿De veras, Moyamea?... te suplico que hagas hablar a la corteza por medio de tu boca, para que mi oído lo comprenda.

—Voy a complacerte: escucha.

«María estaba inconsolable por haber sido arrebatada del lado de unos padres a quienes amaba...»

—¿María? interrumpió Garakoutié, ¿qué significa eso?

—María era mi nombre antes de que viniese a habitar en los bosques.

—Continúa.

«Temblaba en los brazos del guerrero que la llevaba con tal velocidad como el viento de otoño cuando hace arremolinarse en el espacio las hojas secas del magnoliero. Tenía miedo durante el día, porque veía los ojos negros y brillantes del guerrero, y reposando durante la noche en la cabaña de ramas, sobre el musgo del bosque, tenía miedo porque no le veía, porque velaba fuera por la seguridad de su prisionera (3) María, llegó fatigada, casi moribunda de pesar, y se arrojó juntando las manos, en el umbral del wigwam del gran Castor. El gran Castor es sabio y bueno: es el sachem y el padre de Garakoutié. Cuando vio que la pobre María le tendía los brazos, la puso al cuello un collar de wampum en señal de adopción.—Jóven del Este, la dijo, cobra ánimo y levántate: eras prisionera, y yo te quito las ligaduras: no tengas mal corazón con nosotros. Bien pronto te consolarás de haber perdido a tus parientes, y alejados de tu país. Desde hoy te adopto por mi hija, y ya eres una joven delaware: mi hogar y mi caldera son tuyos. Bien venida seas, vengas de donde vinieres: descansa tus fatigados miembros sobre esa piel de oso: calientate, come, y mañana tu padre y tu hermano te construirán un wigwam al lado del suyo.»

—He aquí lo que dijo el sachem a Moyamea, y desde este instante, la opaca nube que oscurecía su espíritu, el pesar que despedazaba su corazón, han pasado como el soplo del viento, como el eco que se pierde en las montañas. Pero lo que nunca se acabará es el cariño que he tenido a mi padre, mi hermano, y mi nación delaware, porque no soy ciega ni insensata.

—¡Ah! exclamó el guerrero, ya no es la corteza la que dice esas últimas palabras; eres tú.

—No, es la corteza.

—Pues bien, dámela y la conservaré con el mayor esmero. Tal vez algún día me hablará como ahora te habla a ti. Si alguna circunstancia te hace volver al sitio en donde yacen los huesos de tus antepasados, entonces, solo, triste y viejo, vendré a sentarme bajo el gran semenseelas (4) en donde ahora estamos, y quizá esta preciosa corteza me producirá recuerdos y me repetirá las últimas palabras de Moyamea.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFIA.

COLECCION DE POESIAS DE D. M. BRETON DE LOS HERREROS. (5)

El tomo quinto y último de las obras del señor Breton, que como los anteriores ha salido de la Imprenta Na-

(1) Los indios casi generalmente cuentan los años por las recolecciones del maíz.

(2) El linco de América.

(3) No hay ejemplo de que ningún indio se haya abstenido de deshonrar a una mujer cogida en la guerra.

(4) Alamo negro. (Betula nigra, H. K.)

(5) Las Obras completas de don Manuel Breton de los Herreros, ordenadas y corregidas por el mismo autor, forman cinco tomos en 4.º mayor, y se venden en Madrid en las librerías de Perez, calle de Carretas; Monier, carrera de San Gerónimo; Cuesta, calle Mayor, y Baylis-Baillière, calle del Principe, y en el Gabinete literario de Mellado, calle del Principe, número 23.

Los pedidos para las provincias, ultramar y el extranjero, se hacen a don Francisco de Paula Mellado en su Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, bien por medio de sus correspondientes ó directamente.

El precio de cada tomo es 40 rs. en la península e islas adyacentes, y 50 fuera de ella.

Los cuatro tomos del Teatro, constan de setenta y seis obras dramáticas; de forma que cada una viene a salir por dos reales, y en una edición de buena lectura, aunque compacta, y que aventaja a las impresiones sueltas de las mismas producciones, no solo en el precio, sino en la corrección y la uniformidad.

El tomo de Poesías, impreso en el mismo tamaño, para que forme juego con los anteriores, excede a estos en volumen, pues tiene cerca de 700 páginas.

A los que quieran tomar ejemplares de la colección para expendellos de su cuenta se les hará una rebaja proporcionada a la importancia del pedido.

cional, se compone en su mayor parte, de poesías líricas: odas, sátiras, elegías, sonetos, letrillas de varios géneros, quintillas, redondillas, romances, anacreónticas y epigramas, y por vía de apéndice, contiene una colección de artículos en prosa, satíricos y de costumbres. Es un volumen de 700 páginas próximamente: repertorio abundantísimo de datos para nuestra historia contemporánea, de caracteres para la pintura de nuestra sociedad y de nuestros usos, de observaciones para el análisis de la literatura española en las dos últimas décadas, y en fin, de lecciones y ejemplos que quizá sean para los venideros mas provechosos aun que para nosotros mismos.

En todos estos escritos, sin exceptuar los que pertenecen a época mas distante, se descubre la índole característica del talento de su autor, su felicísima aptitud para el género dramático, su tendencia irresistible al estilo gráfico y animado de la comedia: sus descripciones son siempre escenas; su lenguaje rápido, variado, activo como el del diálogo; los personajes parecen que gozan movimiento y vida; los pensamientos llevan en sí mas bien la perspicuidad de la razón, que el confuso extravío de las pasiones. Tampoco se advierte en ellos notable desemejanza en cuanto a las formas: el poeta era en un principio tan ingenioso y fecundo como despues; el escritor tan correcto y lozano entonces, como limado y fácil ahora.

La predilección que el señor Breton ha manifestado siempre al género satírico y festivo, a nuestro modo de ver significa mas bien el estado de la sociedad, que su repugnancia a los asuntos de orden mas elevado. En las odas que contiene su publicación, y aun en algunos pasajes, muy oportunos por cierto, de sus sátiras, sabe remontarse sin violencia a la buena entonación lírica, y revela un vigor espontáneo, si no tan atrabiliario como el de Juvenal, tan enérgico al menos como el de Horacio. No abusaremos de los ejemplos; pero permitásenos citar algun trozo en prueba de las opiniones que emitimos.

La siguiente estrofa está sacada de la oda escrita con motivo de la primera venida a España de doña María Cristina de Borbon en 1829. Pinta así las circunstancias que acompañaron a su nacimiento:

No entonces de Caribdis procelosa
las sanguinarias fauces amagaron
al nauta devorar. De Escila fiera
no ya ladrando los rabiosos canes
los montes de Sicilia estremecieron;
ni á Encélado del Etna cavernoso
la sempiterna mole atormentando,
con su nervuda espalda lo agitaba,
y con fragor infando
de sus bondas entrañas arrancaba
mares horrendos de encendida lava.

Sereno el éter, plácido Nereo
á la amable Cristina saludaron,
y del amante Alfeo
las linfas sosegadas,
cabe tu muro, ilustre Siracusa,
misteriosas el piélago cruzaron
hasta libar las ondas de Aretusa.

En la que tiene por título *A la partida de la célebre cantatriz ADELAI DA TOSSI*, describe con los siguientes versos la destrucción de Pompeya.

Mirad, mirad con hórrido estallido
mortífera volar la llama ingente
que estremecido lanza
el abrasado monte,

como en el hondo Averno Flegetonte.

¡Temblad, desventurados! Ya os alcanza.—

¡Perdon! ¡Perdon!—En vano

lo implorareis, sacrilegos. ¿Y á dónde,

á dónde huir? El muro de Herculano

ya vil ceniza esconde;

y vil ceniza, y lava cenagosa

tumba vuestra será, más merecida

que fuera la de Octavia generosa;

y ni fúnebre losa

recordará al piadoso peregrino

vuestro infeliz destino;

y en los que fueron templos y pensiles

anidarán las aves de la noche,

y arrastrarán silbando los reptiles.

Oigámosle ahora en la sátira titulada *El Furor Filarmónico*, lamentarse del desdén con que se miraba el teatro nacional.

Pero por Cristo y por su Padre Santo,
no vayais á ultrajar la patria escena
los que la veis con tedio y con espanto.

No porque una comedia os cause pena,
mireis, como á un idiota, de reojo
al pobre diablo que la juzga buena.

No apunteis sin cesar el doble antejo
para ver en tertulia y aposentos
si Filis se vistió de azul ó rojo.

No allí el tiempo gasteis contando cuentos;
y hasta ver si es el drama bueno ó malo,
no le volvais la espalda descontentos.

No charle usted tan fuerte, don Gonzalo,
ó vaya con su chachara al pasillo;
que los que están detrás no son de palo.

No se ha anunciado en el cartel sencillo,
ni puede autorizar el presidente
que usted nos administre un tabardillo.

Ya que aplaude á rabiar, Dios se lo aumente,
al tiple y al tenor, con sus paisanos
sea usted á lo ménos, indulgente.

No tema lastimar sus lindas manos
si aplaude á un español; que no por eso
gemirán los cantores italianos.

Indigno fuera tan culpable exceso
de un artista eminente, cuya fama
no se funda en los bravos de un camueso.

Alguno de ellos, que las leyes ama
de la santa equidad, allá en su idioma
llorando nuestra mengua al cielo clama.

¡Ay, que el llanto á mis párpados asoma
cuando á ser españoles nos enseña
el que ha nacido en Nápoles ó en Roma!

Y el cuarteto final de la misma sátira dice así:

Si los necios me juran guerra impia,
¿qué importa? La verdad siempre es mi norte.
Muchos aplaudirán la audacia mía;
que no todos son necios en la corte.

Si hubiéramos de proseguir nuestras citas, sería menester copiar íntegra la sátira que tiene por argumento *La defensa de las mujeres*, salpicada de rasgos brillantes y escrita con gran calor y ternura, prenda esta última poco frecuente en los escritores de semejante género; sería tambien preciso no omitir ningún terceto, ni un solo verso de la *de los escritores adocenados*; y tal vez no sabríamos que elegir, si tratásemos de hacerle con la de *El carnaval*, cuadro perfecto de la confusión, ridiculez y desvanecimiento á que se entrega la sociedad en aquellos días. De las composiciones en versos de arte menor que con tanta facilidad y tan inimitable gracia brotan de la pluma del señor Breton, ¿qué podemos decir que no hayan observado por sí mismos nuestros lectores, siendo tan populares en España la mayor parte? No debemos, sin embargo, renunciar al gusto de transcribir aquí algunas quintillas de las dedicadas á DORILA en los *Recuerdos de un baile de máscaras*. Las siguientes pintan la multitud que cerraba el recinto del baile.

Erase que se era un baile
donde tambien yo dancé,
(si danzar aquello fué)
porque nunca he sido fraile,
ni lo soy, ni lo seré.

Allí estaba media Europa,
medio mundo. ¡Qué de trajes!
Y entre galopa y galopa,
Cegries y Abencerrajes
bebían en una copa.

Abriendo paso los codos
corrian de Ceca en Meca,
alegres y no beodos,
Dido, Cleopatra, Rebeca,
cimbras, lombardos y godos.

La música hacia son,
y bailaban la mazurca
sin maldita la aprension,
un paletó y una turca,
una china y un valon.

Otros van al ambigú,
y entre damas y clientes
consumen medio Perú.—
¡Y qué llaneza de gentes!
Todos se hablaban de tú.

Allí el gigante, el enano,
la ochentona, la pupila,
el agreste, el cortesano;
todos, ¿lo creerás, Dorila?
tenían voz de soprano.

¡Cuánta cabeza al través!
¡Cuánta farsa de entremés!
¡Oh qué de figuras raras!

Todas, todas con dos caras—;
y algunas tenían tres.

¡Qué dulces corren y qué apasionadas, qué en el torno de la situación están las siguientes en que el poeta retrata el objeto de sus amores!

Has de saber que en la sala,
volviendo al baile y al cuento,
me embromó cierta zagala
que era de gracia un portento,
y de hermosura y de gala.

Desnudo el brazo de nieve,
ceñía airoso corpiño
aquella cintura leve.—
La madre del ciego niño
con menos gracia la mueve.

Peine de plata labrada
con gentileza prendía
su cabellera trenzada,
y el propio metal lucía
en una y otra arracada.

No pintaré su primor;
que aquel dorado cabello
me parecía mejor,
y aquel torneado cuello
es plata de mas valor.

De matizado percal
era el limpio zagalejo,
y á su talle celestial
daba mas brio y gracejo
el ligero delantal.

Aunque envidioso cubría
cándido cendal su pecho,
¡ay! yo vi cómo latía,
y en mi amoroso despecho
¡Mal haya el cendal! decía.

Mostraba el pie sin cautela,

y algo mas la alegre saya;
y aunque soy buen centinela,
aun decia yo ¡mal haya
tanta abundancia de tela!

La careta que llevaba
apenas sus labios rojos
como al descuido enseñaba,
y dos rayos en sus ojos
con que mil almas llagaba.

¡Cuán grato y suave su aliento
llenaba de aroma el aire,
mi corazon de contento!
¡Cuál brillaba su donaire
en el menor movimiento!

No se muestra tan lozana
al despuntar la mañana
la gaya rosa de abril,
cual mi máscara gentil,
cual mi fresca valenciana.

¡Qué garbo! ¡Qué bazarria!
¡Qué despejo de mozueta!
¡A cuántas sonrojaria
en la huerta de Orihuela,
y en la playa de Gandia!

Yo la dije mil amores,
que no tuvo por agravios,
porque grata á mis loores,
las palabras de sus labios
fueron otras tantas flores.

Su mórbida mano hermosa
me abandonó generosa;
yo en las mias la estreché,
y aun en mi fiebre amorosa
jurara que la besé.

Depuesto el carton esquivo,
vi luego en su cara bella
tan poderoso atractivo,
que desde entonces sin ella,
Dorila hermosa, no vivo.

La coleccion de artículos en prosa contiene *La Castañera*, *La Nodriza* y *La Lavandera*, que formaron parte de la obra impresa años atrás por don Ignacio Boix con el título de *Los españoles pintados por si mismos*. Los que siguen, bajo el epigrafe de MISCELANEA CRITICA, son tambien publicaciones de diferentes épocas, y en todos, y para citar algunos, en *Las cartas*, en *Un marido dichoso*, en *Cuatro consejos á un poeta dramático bisono*, en *Los sastres*, en *Un hombre ocupado*, en *El mayorazgo de Lucena*, y en la anécdota que termina el tomo y la coleccion con el título de *Una nariz*, se admiran las condiciones que constituyen al escritor clásico, al escritor modelo: sencillez en la apariencia, profundidad filosófica en el fondo, doctrina sana, talento de observacion, conocimiento del corazon humano, buena disposicion de plan, estilo animado y propio, diction elegante y fluida, y tantas otras como concurren en los autores de celebridad, además de las que, como las facciones de la fisonomia humana, constituyen el semblante y la originalidad de cada uno.

No prolonguemos mas este artículo con el designio de prodigar alabanzas á quien no necesita de las nuestras. Como poeta eminente en el género doctrinal, que ocupa la mayor parte del volumen á que nos referimos, y como grande hablista, todos han reconocido el alto mérito del señor don Manuel Breton de los Herreros: nadie ha pretendido jamás usurparle la supremacia de que goza al lado de nuestros primeros escritores.

Terminada ya la coleccion de sus numerosas obras, de lo cual nos felicitamos, solo nos resta mostrársela á la juventud que nos sucede como un modelo más que debe tener presente en sus estudios, y para su futuro adelantamiento. Del señor Breton puede aprenderse mucho; y ya que no todos deban á la naturaleza los dones de tan privilegiado ingenio, todos á lo menos pueden imitarle en la laboriosidad y en la perseverancia.

UNA HOJA MAS

PARA LA CORONA DEL ILUSTRE POETA ARGENTINO,

DON ESTEBAN ECHEVERRIA.

¡Noble generacion! ¡santificada
Hoy te ves en las aras del martirio!
El destierro, el patibulo y la espada,
¡Te yerman sin piedad!...
(Echeverría)

I.

Desde las playas que gigante azota
El Plata bramador, hasta la bella
Region hispana que entre flores brota
Me trajo el viento funeral querella:
Al firmamento levanté mis ojos,
Y verdad ó ilusion, divisé un astro
Que del cielo de América venia
Dejando en pos de si fulgido rastro,
Y en el grande, infinito
Espacio donde eterno luce el dia
Glorioso un nombre escrito,
Y ese nombre era el tuyo, Echeverría,

II.

¡Echeverría! cisne americano,
Condor potente á quien prestó sus alas

El sol del Inca y el ingenio hispano,
La proscripción y el silbo de las balas;
Grande como el desierto era tu alma,
Grande tu noble corazon heróico,
Grande tu altiva inspiracion ardiente,
Y en la desgracia tu valor estoico.
La libertad, la gloria
Eran el dulce sueño de tu mente,
Y victima espiatoria
En su altar sucumbiste noblemente.

III.

Tal era tu destino.... en esa tierra
Que ya infestada nos legó la Europa,
Tras luengos siglos de opresion y guerra,
Satan, del crimen derramó la copa.
Razas distintas, ódios, intereses,
Y bastardas pasiones, brazo á brazo
Allí luchan con saña furibunda:
Hijos de la discordia, en su regazo,
Tejen un lauro impio
Que el rayo de la gloria no fecunda,
Y Dios ve con desvío,
¡Porque la sangre fraternal lo inunda!

IV.

Desde que el sol asoma hasta que tiende
Su pabellon de estrellas la azul noche,
Con hórrido fragor los aires hiende
El ángel de la muerte en negro coche.
A su marcha veloz arden las nubes,
Retiembla el suelo, y la montaña rota
Convertida en volcan alumbra el llano,
Y atletas á su luz la tierra brota,
Que en bélica porfia
Se despedazan con furor insano,
Un dia y otro dia
Una luna, otra luna, y siempre en vano!

V.

¡Qué es del poeta allí?... Eco perdido
Que ronco el trueno del cañon apaga;
Murmulo de dolor no comprendido
Que entre las tumbas solitario vaga:
Meteoro que brilla y desaparece
Absorbido por ráfaga sangrienta:
Púdica y delicada sensitiva
Que deshoja y abraza la tormenta:
Ignorado tesoro;
Diamante sepultado en piedra viva:
Onda que arrastra oro
Y en un turbio arenal muere cautiva!

VI.

En el calor de la tremenda lucha,
De las pasiones en el fiero embate,
Nadie al valiente trovador escucha
Ninguno piensa lo que piensa el vate.
¡Ay del poeta que se sienta entonces
Con genio y entusiasmo y fortaleza,
Y á su noble ambicion no ponga raya!
¡O morirá de angustia y de tristeza
En su edad mas florida,
O acaso errante por el mundo vaya
El resto de su vida,
Y al fin sucumba en estrangera playa!

VII.

Ese fué, bardo ilustre tu delito....
Donde los pueblos en cadenas gimen,
El pensamiento audaz se ve proscrito,
Es maldad la virtud, y el genio un crimen.
En tu espaciosa frente rutilaba
Una chispa del fuego sacrosanto,
Que el alevé opresor de nuestro suelo
Contemplaba con ira y con espanto.
El un demonio era
Y eras tú un ángel que bajó del cielo....
Su mano vil y artera
Tus alas quiso atar con férreo velo;

VIII.

Con satánica red que al punto ellas
Al abrirse tronantes dividieron,
Lanzando en rededor vivas centellas
Que de triunfal antorcha te sirvieron.
Ansias aire y luz no emponzoñados
Por la fiebre de inmunda tirania,
Donde libre la voz como el deseo
Pudiese revelar cuanto sentia;
Y te llevó la suerte,
¡Cuál merecido, espléndido trofeo,
A la gloriosa y fuerte
Siempre heróica y leal Montevideo!

IX.

¡Montevideo! codiciada joya
Que tres coronas devoraste ardiente,
Siempre en tu seno con amor se apoya
La libertad que cae desfaliciente:
Siempre tu pura sangre has derramado
Por una causa generosa y noble;
Por eso luchas hoy con un tirano,
Y tu heroismo, en la desgracia, doble,
Antes la muerte, clama
Que el yugo de ese déspota inhumano:

Y su poder y fama
Rómpense al choque de tu hercúlea mano (1).

X.

Para cantar tus glorias, patria mia,
Grande necesitabas un divino
Inspirado cantor, y á Echeverría,
Cual digna ofrenda te llevó el destino.
Dentro de tus murallas tú le viste,
Como águila caudal que se alza y gira
Entre nubes de balas de humo y fuego
Pulsar gigante su robusta lira;
Y allí tambien le viste
Doblar su frente moribunda luego,
Y con gemido triste
Por la patria elevar su último ruego.

XI.

¡El poder, el talento, la belleza,
La ciencia y la virtud, en ese dia
Inclinaron humildes la cabeza
Ante el féretro tuyo, Echeverría! (2).
¡Bella, sublime, santa apoteosis
Que diviniza tu envidiable muerte!
Al leer su descripcion.... sentí una cosa,
Que ha sido el mas horrible y el mas fuerte
Pesar que en tierra estraña,
Ha desgarrado mi alma generosa:
¡Estaba yo en España
Y no vertí una lágrima en tu fosa!

XII.

Así lo quiso Dios.... tú, caro amigo,
Tú, el que primero me grité, ¡adelante!
Y con tus alas paternal abrigo
Distes á mi pobre ingenio vacilante,
Si desde el cielo mi quebranto miras,
¡Ah! ¡no rechaces mi tardia ofrenda!
Si torno alguna vez al patrio suelo
La tierra besaré que guarda en prenda
Tus restos bendecidos,
Y si el hado me niega ese consuelo,
Muy pronto, si, reunidos
¡Podremos abrazarnos en el cielo!

Madrid 20 de abril de 1851.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

LA JUVENTUD DE LOS MOSQUETEROS.

Drama en cinco actos y un prólogo.

POR A. DUMAS.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR DON F. SEPÚLVEDA. (3)

(Continuacion.)

ACTO SEGUNDO.

CUADRO QUINTO.

LA CASA DE ARTAGNAN.

Sala amueblada con sencillez; una mesa, sillas y alabardas de mosquetero, todo mezclado entre algunas guarniciones de caballo.

ESCENA I.

ARTAGNAN, despues PLANCHET.

ARTAGNAN. (Reconociendo los armarios y alacenas.) ¡Nada! botellas vacias y platos limpios; he ahí lo que se llama una dispensa bien provista. ¡Planchet! (Llamando.)

PLANCHET. Señor. (Entrando.)

ARTAGNAN. Quiero comer.

PLANCHET. ¿El señor quiere comer?

ARTAGNAN. Si; ¿qué tienes que darme?

PLANCHET. ¿Yo? nada.

ARTAGNAN. ¿Cómo que nada.... bribon?

PLANCHET. Nada absolutamente.

ARTAGNAN. ¡Pero os olvidais, señor Planchet, que ayer no me acordé de comer?

PLANCHET. Es verdad, ayer no se acordó el señor de comer.

ARTAGNAN. ¡Y que hoy apenas he almorzado!

PLANCHET. El señor ha almorzado apenas; tambien es cierto.

ARTAGNAN. ¿Y creéis que puedo vivir con ese método?

PLANCHET. Lo cierto es que de algun tiempo á esta parte, el método no puede ser mas triste.

ARTAGNAN. Está bien: dame la espada.

PLANCHET. ¡La espada!

(1) El sitio de Montevideo por las tropas de Rosas empezó el 23 de febrero de 1843 y dura todavía.

(2) Los miembros del gobierno, el cuerpo diplomático, las autoridades civiles, religiosas y militares, todas las corporaciones científicas y literarias, parte de la guarnicion de la plaza y casi todo el pueblo de Montevideo, acompañaron su ataud hasta la última morada, y allí con la cabeza descubierta, pagaron su tributo de aprecio y admiracion al hombre honrado, al escritor célebre, al gran poeta y al patriota sincero y ardiente proscrito por el dictador de Buenos-Aires.

(3) Véanse los números 74, 75 y 76.

ARTAGNAN. Voy á comer á casa de Aramis.... estoy seguro que su lacayo ha sido mas previsor que vos, señor Planchet.... ¡Ah! si tuviese á Bauzin á mi servicio, en vez de teneros á vos.... (Planchet le entrega una carta.) Y bien, ¿que quiere decir esto?



Escena I.—Aramis y Planchet.

PLANCHET. Una carta del señor Aramis....

ARTAGNAN. ¡Ah! ¡ah! ¿qué dice? (Leyendo.) «Mi querido caballero: el tunante de mi librero, no me ha traído ayer, como habia prometido, el precio de mi poema, y el miserable Bauzin no sabe crearse un crédito anticipado en el barrio. Iré, pues, á comer con vos esta mañana; ya sabéis que soy sobrio; con una jicara de chocolate y algunos pasteles tendré bastante. Aramis.»

PLANCHET. No es muy exigente que digamos.

ARTAGNAN. Di á Aramis que habia salido de casa cuando llegó su carta: voy á comer con Porthos.... ¿Mas todavía?... (Planchet le alarga otra esquela.)

PLANCHET. Una carta del señor de Porthos....

ARTAGNAN. Venga. (Lee.) «Mi querido Artagnan: anoche he perdido al juego un trimestre de mis rentas y todo el día de ayer lo he pasado con cortezas de pan y tortas crudas. ¡Cielos! (Aparte.) Me veo, pues, en la necesidad de ir á partir con vos vuestra comida; procurad que sea abundante y selecta, porque tengo mucha hambre.»

ARTAGNAN. Nada, lo mismo que yo.... ¡ah! pero me queda un recurso.

PLANCHET. ¿Cuál, señor?

ARTAGNAN. Dame el sombrero, no puedo perder un minuto.

PLANCHET. ¿Para qué?

ARTAGNAN. Para salvarme.... Dirás á Porthos que su carta ha llegado demasiado tarde, que he ido á comer á casa de Athos. (Planchet le entrega una tercera carta.) ¿Aun más?

PLANCHET. Una carta del señor de Athos.

ARTAGNAN. Esta es sin duda una invitación. (Leyendo.) «Mi querido caballero: ayer me bebi la última botella de vino de España.» En verdad, señor Planchet, que vuestra conducta para conmigo, no puede calificarse.... La fortuna es que el señor Bonacieux, nuestro casero, tiene en su tienda una magnífica colección de licores, pastas y conservas, y en último apuro....

PLANCHET. Si señor, es verdad; pero le habíamos prometido pagar la primera quincena anticipada.

ARTAGNAN. ¿Y qué?

PLANCHET. Que nos hemos olvidado de hacerlo.

ARTAGNAN. «Ya veis que con facilidad puedo pasar-me sin comer. (Dichoso él!... (Aparte.) (Leyendo.) Pero no sin beber.... Sacad, pues, de vuestra bodega el mejor Jerez que tengáis, y si por desgracia estuviere limpia como la mia, encargadlo á la Pome-de-Pim que es donde lo venden mejor.»

PLANCHET. El caso es que han declarado en ese almacén, que no darían nada sino á cambio de escudos.

ARTAGNAN. He observado, (mirando á Planchet) que en estos momentos sublimes de desastre, que se repiten muchas veces al mes en mi casa, vuestro carácter no experimenta ninguna alteración.

PLANCHET. Es cierto, señor.... tengo un excelente carácter.

ARTAGNAN. He notado también, señor Planchet, que soportais el hambre sin ningun detrimento de vuestro físico.

PLANCHET. Es que tengo muy buen estómago, señor.

ARTAGNAN. Señor Planchet, vos contais con recursos desconocidos....

PLANCHET. ¿Yo...? señor....

ARTAGNAN. Si; vos no teneis hambre en este momento.

PLANCHET. ¡Oh! señor, ¡si uno pudiera hablar! mirad, mirad mis dientes.

ARTAGNAN. ¡Hum! (dudando)

PLANCHET. El señor quiere salir? (Con viveza.)

ARTAGNAN. Si.

PLANCHET. ¿Y si los amigos del señor viniesen?

ARTAGNAN. Que esperen.

PLANCHET. ¿El señor no manda otra cosa?

ARTAGNAN. Con que bagais (marchando hacia Planchet) bien lo que os encargo, teneis bastante, seor galopin... seor belitre!... (le tira de una oreja.) (Artagnan se cñe la espada y sale.)

ESCENA II.

PLANCHET, solo.

PLANCHET. ¡Tiene hambre! es una cosa rara. En vez de guardar orden y economía, y ocuparse alguna vez de los tiempos... estos buenos mosqueteros no piensan mas que en sus caprichos. Mientras duran los días de abundancia, el uno bebe, el otro juega, el otro come, y despues, cuando se acaba el dinero, es preciso apretarse el vientre con una faja... Yo no debo tener hambre... esto es injusto para los señores... y el hecho es... ¡pobre de mí! que me muero de debilidad y estoy esperando á que se vayan para comer. (Saca de un bolsillo un pollo envuelto en un papel, y de otro una botella de vino: se sienta y toma un vaso.) ¡Oh! he aquí los únicos momentos de placer que disfruto en mi vida.

ESCENA III.

PLANCHET.—ARTAGNAN.

ARTAGNAN. ¡Hola! (Que ha hecho una salida falsa y sorprende á Planchet.) A vuestra salud señor Planchet. (Este se vuelve azorado.)

PLANCHET. ¡U! (Procurando ocultar el pollo y la botella.)

ARTAGNAN. ¿En qué os ocupabais, señor Planchet?

PLANCHET. Estaba bebiendo un vaso de agua con una corteza de pan.

ARTAGNAN. ¿Un vaso de agua? (Toma el vaso lo mira, y vierte una gota en la palma de la mano.)

PLANCHET. De agua encarnada, señor.

ARTAGNAN. Meparece que oleis á pollo, señor Planchet.

PLANCHET. Es verdad, señor, hace rato que comi un pedacito de pierna.

ARTAGNAN. ¡Ah! señor Planchet. (Cogiendo á Planchet que se ve obligado á dejar sus provisiones encima de la mesa.) Segun parece estamos aqui todos los días de bodas y festines.... veamos, veamos, como el lacayo come pollos y bebe vino, mientras que su señor tiene que apretarse la panza. (Planchet se separa y gana la puerta.) Deteneos, y respondedme.

PLANCHET. Pues bien, señor, lo habiais adivinado, cuento con recursos desconocidos.

ARTAGNAN. ¡Hola!... ¡Hola!

PLANCHET. Una industria particular.

ARTAGNAN. Veamos vuestra industria, señor Planchet.

PLANCHET. Ya sabéis, señor, que este cuarto está situado encima justamente del almacén del señor Bonacieux.

ARTAGNAN. Si, ya lo sé.

PLANCHET. Pues bien, he descubierto una trampa.

ARTAGNAN. ¿Cómo una trampa?

PLANCHET. Parece que este era antes el cuarto del señor de Bonacieux, y sin duda, para ver lo que pasaba en su almacén, hizo construir esa trampa.

ARTAGNAN. ¡Desdichado! supongo que no habreis bajado por ella á hacer vuestras provisiones.

PLANCHET. ¡Cal!... no señor.... ¡bajar! yo... eso seria volar.... No señor, son las provisiones las que suben hasta este cuarto.

ARTAGNAN. ¡Ah! ¿ellas son las que suben?

PLANCHET. Si señor.

ARTAGNAN. Explicadme como se verifica esa ascension.

PLANCHET. Vais á saberlo, señor. Hacedme el gusto de mirar por aqui. (Lo lleva á la trampa.)

ARTAGNAN. ¿Y si hay alguno en el almacén?

PLANCHET. ¡Oh! no señor; á estas horas no suele haber nadie.

ARTAGNAN. Ya veo. (Se tiende y mira.)

PLANCHET. ¿Y qué veis, señor?

ARTAGNAN. Veo una artesa llena de pan y algunos jamones.

PLANCHET. ¿Veis todo eso, señor?

ARTAGNAN. Si, si.

PLANCHET. Pues bien, esperad un poco. Voy á tener el honor (toma una alabarda) de ofreceros un pan tierno y un jamon. (Introduce la alabarda por la trampa.)

ARTAGNAN. ¡Diablo! hasta ahora no habia comprendido el destino que pudieran tener las alabardas.

PLANCHET. Ya habeis visto, (presentándole un pan y un jamon), cuál es la mejor manera de servirse de ellas.

ARTAGNAN. Señor Planchet, (mirándole con curiosidad), sois un galopin.

PLANCHET. Señor....

ARTAGNAN. Pero lo apurado de la situacion os dispensa.... Id á preparar ese jamon.... ¡que han llamado! serán probablemente mis amigos.

PLANCHET. Si, ellos serán probablemente. (Marchando hacia la puerta.)

ARTAGNAN. El bribon está lleno de invenciones sutiles; es un tesoro semejante lacayo.

PLANCHET. Señor, señor. (Volviendo despa- vorido.)

ARTAGNAN. ¿Qué es eso?

PLANCHET. El señor Bonacieux, nuestro casero.

ARTAGNAN. Eso es que os ha visto introducir la alabarda, señor Planchet.

PLANCHET. No lo sé, señor; pero por si acaso, ayu- dadme á esconder todo esto en mi bolsil- lo.

BONACIEUX. Hum... hum.... (en la antesala.)

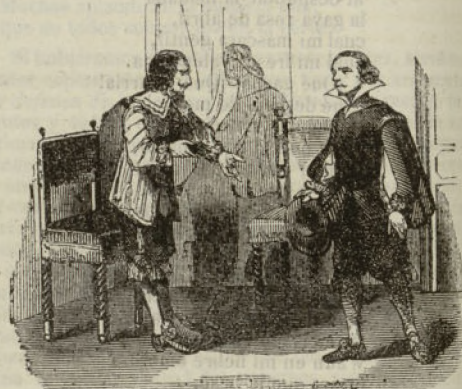
ARTAGNAN. Date prisa, que llega.... Entrad, señor Bonacieux, entrad. (Sale Planchet.)

ESCENA IV.

ARTAGNAN; BONACIEUX; despues PORTHOS, ARAMIS y ATHOS, que van llegando con sus lacayos.

BONACIEUX. Soy vuestro servidor, caballero.

ARTAGNAN. Y yo estoy á vuestras órdenes.... una silla, Planchet.... ¿pero dónde ha ido?... Perdonad, señor, mi lacayo es un bribon, que merece ir á galeras. (Le acerca una silla.)



Escena IV.—Artagnan y Bonacieux.

BONACIEUX. No os molesteis por mí, caballero.... He oido hablar de vos como de un jóven honrado, y sobre todo valiente.

ARTAGNAN. ¿Señor!

BONACIEUX. Esta última cualidad es la que me ha determinado á dirigirme á vos.

ARTAGNAN. ¿En qué puedo servirlos?

BONACIEUX. Tengo que confiaros un secreto.

ARTAGNAN. ¿Un secreto?

BONACIEUX. Si caballero: se trata de mi muger.

ARTAGNAN. ¡Ah! ¿con que estais casado?

BONACIEUX. Si señor, con una jóven que es modista de la reina, y no carece ni de virtud ni de belleza, me hicieron casar con ella hará unos tres años, aunque contaba muy pocos bienes de fortuna, porque el señor de La Porte, el guardarropa de palacio, es su padrino y la protege.

ARTAGNAN. ¿Y bien?

BONACIEUX. Y bien, que ayer ha sido robada mi muger al salir de palacio.

ARTAGNAN. ¿Vuestra muger ha sido robada? ¿Y por quién?

BONACIEUX. No podré deciroslo seguramente, señor



Bonacieux.

pero en todo caso estoy convencido de que en este suceso ha jugado menos el amor que la política....

ARTAGNAN. Menos amor que política.... ¿pues entonces qué sospechais?

BONACIEUX. No sé si deberé deciroslo que sospecho.

ARTAGNAN. Caballero, tengo que haceros observar que yo no os pregunto nada absolutamente; sois vos el que habeis venido á decirme que teniais un secreto que confiarme. Haced de él lo que mejor os plazca. Ya es tiempo de que nos separemos. (*Levantándose.*)

BONACIEUX. ¡Oh! no, caballero: me inspirais mucha confianza. Creo pues, que no es por amores suyos, por lo que mi muger ha sido robada.

ARTAGNAN. Tanto mejor para vos.

BONACIEUX. Ha sido por causa de una señora mas alta que ella....

ARTAGNAN. ¡Bah! Será algun enredo amoroso de la señorita de Combalet.

BONACIEUX. Es mas alta, señor, mas alta.

ARTAGNAN. ¿De madama de Chevreuse?

BONACIEUX. Mas alta, señor, mas alta.

ARTAGNAN. De la....

BONACIEUX. Si señor.

ARTAGNAN. ¿Pero con quien?

BONACIEUX. Con quien ha de ser sino con el duque de....

ARTAGNAN. Con el duque de....

BONACIEUX. Justamente.

ARTAGNAN. ¿Y cómo sabeis vos eso?

BONACIEUX. ¿Qué cómo lo sé? Lo sé por mi muger, señor, por mi misma muger. Hace unos cuantos dias que vino á casa y me dijo: que la reina estaba muy disgustada, porque temia que hubiesen escrito en su nombre al duque de Buckingham para hacerle venir á Paris, y armarle una emboscada.

ARTAGNAN. ¿Pero qué tiene que ver vuestra muger con todo eso?

BONACIEUX. Mi muger ama con lealtad á la reina, y quieren alejarla de palacio para saber los secretos de su magestad, ó seducirla para que les sirva de espía.

ARTAGNAN. Es probable; ¿pero conocéis al hombre que la ha robado?

BONACIEUX. No puedo decirós su nombre, pero mi muger me lo hizo ver un dia, y es un señor de estatura regular, moreno, dientes blancos, con una cicatriz en la frente.

ARTAGNAN. ¡Cielos! ¿ese es mi hombre!

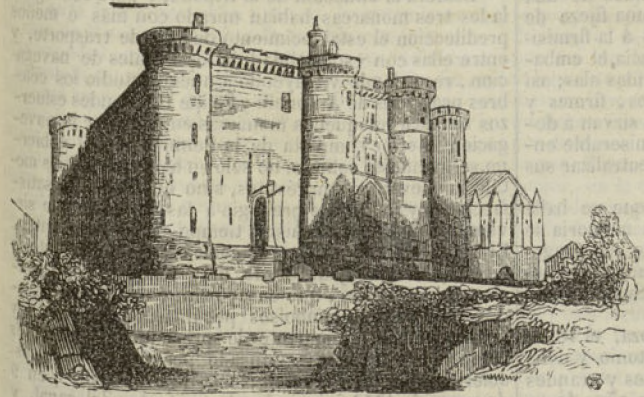
BONACIEUX. ¡Vuestro hombre!

ARTAGNAN. Si, seguramente: ¡Oh! como sea el que yo busco: voy á satisfacer de un golpe dos venganzas. ¿Dónde vive ese hombre?

BONACIEUX. No lo sé, señor; no tengo ningun indicio, no tengo mas que esta carta.

ARTAGNAN. Dádmela. «No busqueis (*Leyendo.*) á vuestra muger, que os será devuelta cuando no tengamos necesidad de ella. Si en el interin dais un solo paso sois perdido.» Todo eso no vale un bledo, no es mas que una amenaza.

BONACIEUX. Si señor, pero esa amenaza me espanta, yo no sé manejar la espada y tengo miedo á la Bastilla; por eso es por lo que he contado con vos en esta ocasion.



Vista de la Bastilla.

ARTAGNAN. ¿De veras?

BONACIEUX. Como siempre os veo tan arrogante rodeado de mosqueteros de la compañía del señor de Treville, y estos mosqueteros son enemigos del cardenal, pensé que vos y vuestros amigos queriais hacer un servicio á nuestra pobre reina, jugando una mala pasada al cardenal.... Pensé ademas, que como desde que tengo el honor de que habeis mi casa, distraido sin duda con vuestras grandes ocupaciones, habeis olvidado pagarme los alquileres....

ARTAGNAN. ¡Ah! ¿os habriais figurado?....

BONACIEUX. Retardo por el cual no os he atormentado ni un solo instante.... pues como digo, pensé que tendriais alguna consideracion con mi delicadeza.

ARTAGNAN. ¿Como es eso, mi querido señor? pensais que esté abrumado de gratitud por un proceder semejante.

BONACIEUX. Es que contaba con mas.... por que me vais á hacer el gusto de continuar viviendo en mi casa sin mentar para nada los alquileres. Y añadid que, (*Artagnan hace un gesto de disgusto*) que contando todavia con otra probabilidad mas, la de que os encontrareis apurado en este momento, venia á ofrecer os un centenar de pistolas.

ARTAGNAN. ¡Oh! nunca, caballero, yo no puedo aceptar. (*Bonacieux le muestra el dinero que lleva en el bolsillo.*) Os digo que no (*Artagnan lo mira con angustia y repite*) me es posible aceptar....

BONACIEUX. Creo que han llamado á la puerta.

ARTAGNAN. ¡Ah, pardiez! son mis amigos.... que vienen á pedirme de comer.... vuestro negocio será resuelto en familia. (*Entra Porthos.*) Mi querido Porthos



Porthos.

os presento á la perla de los propietarios... El señor de Porthos uno de mis mejores amigos.

BONACIEUX. Señor, no tengo necesidad de repetiros que mi casa toda entera esta á vuestras órdenes. (*Sale y en seguida entra Planchet.*)

PORTHOS. Mosqueton quitame la capa. (*El lacayo obedece.*)

ARTAGNAN. (*Volviendo de despedir á Bonacieux.*) ¡Ay! ya no sentís el reuma, Porthos.

PORTHOS. ¿Dónde diablos estuvisteis anoche, que se os buscó por to las partes; aquí, en casa del capitan Treville, sin encontraros?

ARAMIS. Porthos, amigo mio, (*entrando*) sois terriblemente indiscreto: ¿que dónde estubo? en sus quehaceres sin duda; cuando tomáis vos el camino de la calle de los Osos, ¿deseariais que preguntasen á Mosqueton dónde habiais ido?

PORTHOS. ¿A la calle de los Osos? ¿cuándo voy yo á la calle de los Osos?

ARAMIS. Siempre que os dá la gana; y eso no lo sabe nadie, ¿no es verdad, Athos? (*A él que entra.*)

ATHOS. A no ser que haya descubierto en el camino alguna bodega bien provista, en cuyo caso seria un crimen no haberlo participado á sus amigos. ¿Tenemos vino, Planchet?

PLANCHET. Si señor, espero que lo tengamos digno de vos.

ATHOS. Entonces todo va bien.

PORTHOS. Mucho os vá gustando el vino, querido Athos.

ATHOS. No es el vino, es la embriaguez lo que me gusta.

PORTHOS. No comprendo....

ATHOS. Grimaud, te doy licencia.

PORTHOS. Vete, Mosqueton.

ARAMIS. Anda con Dios, Bauzin.

ARTAGNAN. Ahora hablemos.

ATHOS. Bebamos, querreis decir.

ARTAGNAN. Planchet, baja á ver á nuestro casero, y pidele unas cinco ó seis botellas de vinos extranjeros, especialmente de vino de España.

PORTHOS. ¿Teneis crédito abierto con vuestro huésped?

ARTAGNAN. Si, lo tengo á contar desde hoy, no hay que apurarse, si el vino es malo, le pediremos otro.

ARAMIS. Es preciso, usar, y no abusar, querido Artagnan.

ATHOS. Siempre he dicho que Artagnan, era la mejor cabeza de los cuatro.

PORTHOS. ¿Pero en fin, qué es lo que hay?

ARTAGNAN. Que el duque de Buckingham, ha llegado á Paris atraído por una carta apócrifa de la reina; que el cardenal trata de jugar una mala pasada á S. M. y que la muger de nuestro casero, ahijada del señor de La Porte y confidenta de la reina, ha sido robada.

ATHOS. ¡Y bien!

ARTAGNAN. El señor Bonacieux quiere encontrar su muger.

ATHOS. ¡Qué imbécil!

ARAMIS. Me parece que el negocio no es malo, y se podria sacar de ese hombre algun centenar de pistolas.

PORTHOS. ¡Un centenar de pistolas, cuerpo de Cristo! ¿es una bella jugada!

ATHOS. Si, pues lo que conviene saber es si un centenar de pistolas vale la pena de arriesgar cuatro cabezas.

ARTAGNAN. Chist....

PORTHOS. ¿Qué?

ARAMIS. Silencio. (*Se oye la voz de Bonacieux en la escalera que grita.*)

BONACIEUX. ¡Señores! ¡señores! (*Dentro.*)

ARTAGNAN. ¡Ah! es mi digno casero.

ESCENA V.

Los mismos.—BONACIEUX.

BONACIEUX. ¡Socorro! (*Abriendo la puerta.*) ¡señores, socorro! (*Todos se levantan excepto Athos.*)

PORTHOS. ¿Qué os sucede?

BONACIEUX. ¡Ay! señores, me quieren prender.... allí.... allí están.... salvadme!

PORTHOS. ¡Pardiez! ¡prender á un propietario que tiene tan buen vino!

ARTAGNAN. Un momento, señores; no nos conviene hacer alardes de valor, sino de prudencia.

PORTHOS. Con todo, no creo que debamos permitir que arresten á este bizarro casero.

ATHOS. Vos hareis lo que haga Artagnan, Porthos.

ARTAGNAN. Entrad. (*Haciendo entrar á los guardias.*) Señores, entrad; estais en vuestra casa, esto es, en casa de un fiel servidor del rey y del cardenal.

OFICIAL. Entonces no os opondreis á que ejecutemos las órdenes que nos han dado.

ARTAGNAN. ¿Cómo que oponernos, señores? os prestaremos nuestro apoyo si es necesario.

PORTHOS. ¿Qué está diciendo? (*Aparte.*)

ATHOS. Eres un simple, Porthos, cállate.

BONACIEUX. Pero señor, vos me habeis prometido....

ARTAGNAN. ¡Silencio! (*A Bonacieux.*) Si damos un solo paso para defenderos, nos arrestan como á vos, y entonces no podemos salvarlos.

BONACIEUX. Sin embargo, me parece que podiais muy bien....

ARTAGNAN. Ninguna razon tenemos, señores, para defender al hombre que reclamais; hoy lo he visto por primera vez con motivo.... él os dirá si quiere... habia venido á pedirme los alquileres del cuarto.... ¿no es verdad, señor Bonacieux? Responded que si. (*En voz baja.*)

BONACIEUX. Si señores, es la pura verdad.... pero este caballero no os dice....

ARTAGNAN. ¡Silencio! (*en voz baja*), por mi y por mis amigos; silencio por la reina sobre todo; vais á perder á todo el mundo sin salvarlos á vos. ¿Eh? (*alto*). ¿Qué es lo que decís? Haced en alta voz... me ofrecéis dinero para corromperme... para que os defienda... ¡yo oponerme á las órdenes de su eminencia! ¡Oh! llevado, señores, llevado al instante... porque este hombre ha perdido la cabeza.

BONACIEUX. Pero señores, por favor.... si... yo.... no.... me....

OFICIAL. Vamos, vamos, amigo, seguidnos. En marcha (*á los guardias.*) Señores, soy vuestro servidor (*salen llevándose á Bonacieux.*)

ESCENA VI.

ARTAGNAN.—ATHOS.—PORTHOS.—ARAMIS.

PORTHOS. Pero ¿qué diablo de villanía acabais de hacer, Artagnan? ¡Vive Dios! permitir cuatro mosqueteros que prendan á su vista, á un infeliz que implora



Escena VII.—Athos y Artagnan.

su socorro! palabra de honor que no lo entiendo.... ¿cómo, y vosotros aprobais?

ATHOS. Seguramente, no solo apruebo lo que ha hecho Artagnan, sino que le felicito.

ARTAGNAN. Y ahora, señores, que nos vemos comprometidos en una aventura, que puede causar nuestra

buena ó mala suerte, juremos fidelidad á nuestra divisa. «Todos por uno, y uno por todos.»

PORTHOS. Sin embargo, yo desearia comprender...

ATHOS. Es inútil.

ARAMIS. Vamos, estended la mano y jurad, Porthos.

ARTAGNAN. ¡Todos por uno!

Todos. ¡Uno por todos!

ARTAGNAN. En lo demas, ya lo sabeis, señores, libertad completa.

PORTHOS. Yo tengo cita con una gran señora.... Planchet, acomódamelo el colete y la capa.

ARAMIS. Yo tengo que hacer en casa de un célebre teólogo.

PORTHOS. ¿Y vos Athos?

ATHOS. ¿Yo? como no me ocupo ni de amor ni de teología... me quedo.

ARAMIS Y PORTHOS. Hasta mas ver.

ARTAGNAN Y ATHOS. Adios.

ESCENA VII.

ARTAGNAN.—ATHOS.

ARTAGNAN. Bravo, Athos, os quedais.... Si, aun queda algun vino en las botellas, y sería una ingratitud que os marcháseis.

ATHOS. Vamos, Artagnan, colocaos alli, enfrente de mi, á menos que como Aramis, no tengais alguna thesis que sostener, ó como Porthos, alguna gran señora á quien visitar.

ARTAGNAN. ¡Ah! ¡mi querido Athos!

ATHOS. ¿Qué es eso, suspirais? Bebed, Artagnan, y no suspireis por nadie.

ARTAGNAN. ¡Ah!

ATHOS. Tened cuidado, Artagnan. (Bebe.)

ARTAGNAN. ¿Qué decis?

ATHOS. Digo que estais enamorado.

ARTAGNAN. Figuraos, Athos, una muger....

ATHOS. Que es un ángel.... ¿no es esto?

ARTAGNAN. No, que es un demonio.

ATHOS. En ese caso hay menos que temer.

ARTAGNAN. ¡Oh! pero es inútil que yo tema.

ATHOS. ¿Decis que es inútil?

ARTAGNAN. Athos, quisiera pedir os un consejo.

ATHOS. Hablad.

ARTAGNAN. Pero será mas tarde.

ATHOS. Porque crees que estoy ébrio. Artagnan, oye lo que voy á decirte: nunca tengo las ideas mas sanas ni mas puras que cuando bebo: habla, pues ya te escucho.

ARTAGNAN. No, no es porque ahora esteis ébrio, querido Athos, es que no he amado nunca y....

ATHOS. ¡Ah! si; yo tampoco he amado.... (Bebe.)

ARTAGNAN. Siempre he tenido un corazon de piedra.

ATHOS. ¡Corazones tiernos! ¡corazones acribillados!

ARTAGNAN. ¿Qué decis?

ATHOS. Digo que el amor es una loteria, en que se gana la muerte.... ¿Habeis ganado ó perdido, Artagnan?

ARTAGNAN. Creo que he perdido.

ATHOS. Entonces sois muy dichoso: creedme, Artagnan, perded siempre.

ARTAGNAN. Me figuré por un momento que ella podia amarme.

ATHOS. Y está enamorada de otro, ¿no es esto? Conserva bien lo que voy á decirte. No hay ningun hombre que crea ser amado por su querida, que no haya sido engañado por ella.

ARTAGNAN. ¡Oh! ella no habia llegado á ser mi querida.

ATHOS. No era tu querida, y te quejas; ¿no era tu muger y lloras? bebamos....

ARTAGNAN. Por eso quiero que vos, que sois mas filósofo, me instruyais.... me sostengais.... tengo mucha necesidad de saber y de ser consolado.

ATHOS. ¿Consolado, y de qué?

ARTAGNAN. De mi desgracia, ¡Pardiez! amo y no soy amado.

ATHOS. Vuestra desgracia me hace reir, Artagnan; si, tendria curiosidad de saber lo que deciais si yo os contase una historia de amores. (Bebe.)

ARTAGNAN. ¿Qué os ha sucedido á vos?

ATHOS. ¿O á uno de mis amigos, qué importa?

ARTAGNAN. Contad, Athos, contad.

ATHOS. Bebamos, esto será mejor.

ARTAGNAN. Podedis beber y hablar al mismo tiempo.

ATHOS. Teneis razon.... eso me agrada mas.... uno de mis amigos.... uno de mis amigos, ¿comprendéis? no yo: un conde de mi provincia, del Berry, noble como un Rohan ó un Montmorenci, se enamoró á los veinte y cinco años de una jóven de diez y seis, bella como los amores.

ARTAGNAN. ¡Ah! como ella.

ATHOS. ¿Qué es eso? me interrumpís?

ARTAGNAN. No, no. Continúa, Athos.

ATHOS. Vivía en una casita aislada entre la aldea y el castillo, con su hermano, que era sacerdote: los dos eran extranjeros, habian venido no se sabia de donde, pero viéndola á ella tan hermosa, viéndole á él tan modesto, no se pensaba en preguntarle de donde venian: en fin, se le suponía de buen nacimiento. Un dia desapareció el hermano ó hizo como que desaparecia.... Mi amigo, que era el señor del pais... hubiera podido seducir á la jóven y abandonarla en seguida. ¿Quién hubiera venido en ayuda de una muger ignorada, desconocida? Desgraciadamente era un honrado caballero, y se casó con ella, el inocente, el bárbaro, el imbécil....

ARTAGNAN. Si la amaba.... no me parece....

ATHOS. Espérate.... á la muerte de su padre.... que aconteció seis meses despues, la llevó á su castillo, la hizo la primera señora de la provincia.... Es preciso

hacerla justicia, sabia conservar perfectamente su rango. Bebamos....

ARTAGNAN. Despues....

ATHOS. Un dia salieron juntos á caza; ella cayó del caballo y se desmayó; el conde se lanzó á socorrerla, y como la vió que estaba oprimida por los vestidos, los rasgó con su puñal, y la descubrió la espalda. (Carcajada de risa.) ¿Adivinas tú lo que tenia en la espalda, Artagnan?

ARTAGNAN. Cómo puedo saber.

ATHOS. Tenia una flor de lis.... el ángel era un demonio; la inocente niña habia robado los vasos sagrados de una iglesia.

ARTAGNAN. ¡Qué horror! ¿Y qué hizo vuestro amigo?

ATHOS. El conde era un gran señor: tenia derecho de vida y muerte sobre sus vasallos; acabó, pues, de desnudarla, y con las manos atadas á la espalda, la colgó de un árbol.

ARTAGNAN. ¡Cielos! un asesinato, Athos.

ATHOS. Escucha, me parece que se ha acabado el vino.

ARTAGNAN. No, aun teneis esta botella llena.

ATHOS. Pues como te decia.... (Bebiendo.) Aquel suceso me ha curado para siempre de las mugeres hermosas, poéticas é inocentes.... ¡Dios os conceda esa gracia!

ARTAGNAN. ¿Es decir que fuisteis vos?

ATHOS. ¿He dicho acaso que fuera yo? (Con alegría bulliciosa.) ¿Lo he dicho? pues entonces al diablo con el secreto.

ARTAGNAN. ¿Y ella?... ¿murió?

ATHOS. ¡Pardiez!

ARTAGNAN. ¿Y su hermano?

ATHOS. ¡Su hermano! lo hice buscar para castigarle tambien; pero no he podido encontrarlo jamás; era sin duda el primer amante y el cómplice de la bella.... un bribon disfrazado de sacerdote... para poder de este modo casarla con mas ventaja.... Espero que haya sido castigado.

ARTAGNAN. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! (Cayendo sobre la mesa.)

ATHOS. Vino. Planchet. (Mirando á Artagnan.) ¡Ah! estos hombres no saben beber, y sin embargo, es uno de los mejores placeres.

(Planchet entra con unas botellas de vino.)

FIN DEL CUADRO QUINTO.

DON RAMON PIGNATELLI.

Carácter distintivo es de los hombres grandes, de aquellos que nacieron para realizar empresas gigantescas miradas por la generalidad como imposibles, ya elijan por teatro de sus planes la organizacion de los estados, la conquista de grandes territorios ó el desenvolvimiento de algun gran principio, que se halle entre los arcanos mas recónditos de la naturaleza y de las ciencias; carácter distintivo y patognomónico, decimos, es de los grandes genios el de hallarse revestidos de una voluntad firme, una decision sin limites, una fijeza de pensamientos incontestables. Semejantes á la firmísima roca que en medio de los mares desprecia el embate continuo y poderoso de las embravecidas olas; asi estos seres llegan á realizar sus proyectos, firmes y fijos en su propósito sin que los obstáculos sirvan á debilitar su voluntad, ni los embates de la miserable envidia sean suficientes por poderosos á neutralizar sus empresas.

Tal es en pocas líneas, el boceto en que se halla fielmente retratado este zaragozano, cuya memoria se conservará constantemente en el ánimo de los aragoneses, y reflejará radiante hoy mas que nunca por todos los ángulos de España y por Europa. Sigamos empero el hilo de su historia.

Nació don Ramon Pignatelli, en Zaragoza, el 18 de abril de 1734, siendo sus padres don Antonio y doña Maria Francisca Moncayo, condes de Fuentes y grandes de España de primera clase. Pasó á los diez años de su edad con su padre á Nápoles, y de alli al colegio Clementino de Roma, en donde fueron pronto muy conocidos sus adelantamientos en las ciencias. Restituido á su patria, muy luego consiguió igual celebridad en su pais natal, en las ciencias varia literatura, y jurisprudencia eclesiástica, en la que recibió la investidura del doctorado en 1755 en la universidad literaria de Zaragoza. Individuo ya de su gremio y claustro fué nombrado rector de ella en los años de 1763, 83, 84 y 93, en cuya época ya era canónigo de la metropolitana; y en esta época reformó la enseñanza de la filosofía. Por asuntos de la catedral se trasladó á Valencia, liquidando con sus trabajos y proporcionando al celeberrimo templo del Pilar con este motivo, no pequeños intereses que aclaró le pertenecian. Habia recorrido, pues, con gloria la carrera de las letras cuando dedicó sus talentos á cultivarlas; habiéndole protegido con ventaja para el progreso de los conocimientos humanos, cuando su mérito le colocó en posicion de presidir á los hombres literarios de su pais; habia proporcionado recursos importantes al templo mas celebre quizá de la cristiandad. Habia, en fin, servido á las ciencias, á la patria, á la religion. Esto sería suficiente para hacer la apologia de un hombre insignie; pero Pignatelli recorrió sin dificultad todos estos grados, que sin dificultad habian seguido otros eminentes varones, para lanzarse á otras empresas mas difíciles, para rodearse de una aureola de gloria imperecedera, para hacer que en él se fijasen las miradas de admiracion de sus contemporáneos, admiracion que habia de trasladarse de siglo en siglo hasta los tiempos mas remotos. Ya hemos visto al hombre de la ciencia, ahora

nos toca revelar al genio, al hombre de voluntad heroica ante cuyos pies caen desechos los obstáculos y los proyectiles lanzados por la emulacion y maledicencia convertidos en polvo y en cenizas. Mas el espacio es demasiado breve para que podamos conseguir nuestra pretension de una manera completa.

Entró Pignatelli á ser regidor de la real casa de Misericordia de Zaragoza en 1764, cuando el hospicio se hallaba en la mayor indigencia; y como por encanto desde el mismo momento empezó á producirse una trasformacion grandiosa en aquel establecimiento antes pobre, miserable é inanimado. Sin fondos, con solo cinco ó seis mil reales empezó en el mismo año á edificar una plaza de toros de amplias y sólidas dimensiones que terminó en tres meses, desde junio hasta 8 de setiembre en que se dió la primera funcion; con iguales elementos emprendió la reedificacion de este grandioso hospicio, uno de los mejores, no solo de España sino de Europa, empezándole en 4 de enero de 1777. A los dos años ya se habia edificado una tercera parte; mas despues con el auxilio de 4.004,988 rs. que recibió del mismo arzobispo Palomeque que antes tambien protegia esta obra, pudo concluir hasta tres cuartas partes de este vastísimo edificio, que se levantó de planta, segun los planos formados por Pignatelli, que se siguen exactamente y son celebrados por su sabia é ingeniosa combinacion.

Con estos hechos sorprendentes, la fama de su mérito crecia y se divulgaba habiendo que los hombres eminentes y entendidos convirgiesen sus miradas hacia aquel punto luminoso que empezaba á brillar en la frente de este insigne zaragozano. El gobierno mismo no pudo menos de abstraerse de otros negocios para observar el talento de este ya famoso arquitecto, de vastos conocimientos acreditados en las construcciones civiles. Estudió, pues, el gobierno á Pignatelli, y encontró en él uno de esos hombres necesarios, precioso elemento para ejecutar obras grandiosas, sin el auxilio de los cuales los mejores pensamientos de los gobernadores de los estados fallan por su base y quedan estériles y sin éxito.

Habia recibido la España un impulso decisivo y siempre creciente en sus elementos vitales de prosperidad, desde que la dinastia austriaca habia cedido, aunque por la fuerza, el trono de ambos mundos al nieto de Luis XIV, el duque de Anjou. Este, bajo el nombre de Felipe V, habia impulsado y dado un grande desarrollo á la marina, organizado, y mejor aun creado la hacienda por medio de Mr. Orrí, y reconstituido sus pueblos; Fernando VI habia continuado el benéfico sistema de su padre estableciendo el principio de la neutralidad y la paz para labrar la felicidad de sus vasallos, dejando á su muerte repletas las arcas del tesoro; y por último, sucedió á este su hermano el inmortal Carlos III, que amplió en gran manera el sistema de sus antecesores, y fué el verdadero y completo restaurador de la Peninsula.

Estaera la situacion de la España, y para conseguir la los tres monarcas habian mirado con mas ó menos predileccion el establecimiento de vias de trasporte, y entre ellas con especialidad de los canales de navegacion, recordando y trayendo á nuevo estudio los célebres proyectos de Antonelli y Felipe II. Grandes esfuerzos emplearon aquellos monarcas en procurar la navegacion interior completa de la Peninsula; y el gobierno no se manifestó solícito, no solo en hacer sacrificios metálicos y levantar empréstitos, sino en llenar de satisfacciones y rodear de prestigio á las personas que sirviéndole pudieran al mismo tiempo servir á su patria. El canal Imperial de Aragon como el mas importante de España, habia fijado desde muy temprano la atencion del gobierno, que ensayó sin éxito y con grandes y estériles desembolsos pecuniarios los planes y proyectos que vanamente le presentaron diferentes compañías extranjeras. Cansado por fin de tales desaciertos recurrió á la inteligencia de Pignatelli, y en 9 de mayo de 1772 fué nombrado protector del canal, y disuelta la compañía holandesa de don Agustin y don Luis Miguel Badin en 3 de febrero de 1778, quedó absolutamente á su cargo desde entonces la ejecucion de las obras necesarias para llevar á cabo tamana empresa. No menos de seis monarcas quisieron ilustrar su reinado adquiriendo justos derechos á las bendiciones de la posteridad con la ejecucion de esta obra, pero estaba reservado á una feliz coincidencia de existir sobre el trono un gran rey, y sobre la naturaleza un gran hidráulico, para que este gran proyecto avanzase hasta la mitad de su curso.

Al efecto, pues, y trazado su plan, empezó á ejecutarlo por la presa que habia de servir de dique para elevar el nivel de las aguas, colocándole asi á la altura suficiente para alimentar el canal; empezóse ésta en el mismo año 1778, y se concluyó en 19 de agosto de 1790. Tiene esta presa de longitud ciento veinte toesas, y de latitud diez y siete y media, y ocho pies de altura desde el suelo de las bocas de la casa de Compuertas, sin contar los cimientos, que donde menos son de quince y aun de treinta pies, mediante lo que pueden entrar en el canal en cada hora mas de tres millones novecientos veinte y un mil seiscientos pies cúbicos de agua, aunque solo pasan ahora dos millones, trescientos veinte y nueve mil ochocientos; y como si la hubiera construido para servir de monumento eterno de su gloria, la dió la forma de presa recta y vertical que la hace única en Europa. Cincuenta y nueve avenidas extraordinarias del caudaloso Ebro en el espacio de doce años, no fueron suficiente para que cesase Pignatelli; parecia que la naturaleza, oponiéndose á los planes de este grande

hidráulico hacia esfuerzos inauditos para no quedar sujeta a la voluntad del hombre; el hombre, sin embargo, la subyugó y encadenó! Así es, que dado este primer paso, fundamento del resto de la obra, nada debe extrañarse que las dimensiones de ella correspondan naturalmente a la grandiosidad de su principio, superando en importancia a una de las mas célebres construcciones que se conocen, á saber, el canal del Languedoc. Este solo cuenta seis pies de profundidad y sesenta de latitud; cuando el imperial tiene nueve pies de la primera, y sesenta y cuatro de ancho en la superficie de sus aguas, con la ventaja ademas de servir á los dos objetos de riego y de navegacion, ventaja de que no disfruta el canal francés. Diez y seis leguas dejó construidas desde el bocal de Tudela hasta algo mas de Zaragoza, y en ellas, ademas de otras muchas obras de gran mérito que dejó edificadas en todo este trayecto, es digna de notarse la que consiste en un grande y esbelto murallón en las inmediaciones del pueblo de Grisen, construido para poder salvar un valle; obra de gran precio y de gran mérito; siendo mas de notar en la totalidad de ella la circunstancia de que fué ejecutada por artistas aragoneses.

Mas para aquel genio pensador, y vasto y profundo, el descanso era la meditacion, y no contento con haber ejercitado su inteligencia con los estudios y trabajos inherentes al planteamiento y ejecucion del canal Imperial, todavia concibió el proyecto de la union de los dos mares, y comisionado por el gobierno, niveló por sí mismo el terreno, levantando los planos y tomando las demas medidas concernientes á este gran pensamiento.

Como si estos proyectos no fueran suficientes para ocupar todos los momentos de un hombre pensador, todavia se hallaba embebida su cabeza en la confeccion de otras ideas y otros pensamientos. Mejoró el tejido de los lienzos, preparó y trabajó el cáñamo, que competía con el lino mas delicado, introdujo fábricas de paños, y duplicó en poco tiempo el número de los pobres que se recogian en el hospicio de la Misericordia, sustentándolos suficientemente. Fué nombrado en 1776 censor perpétuo de la real Sociedad aragonesa de Amigos del Pais. Fué uno de sus fundadores, y el primero que propuso tal pensamiento. Fué uno de los que mas trabajaron en la formacion del magnifico emblema que habia de constituir el escudo de la sociedad, que consiste en una lozana encina, á cuyo pie se encuentran el arado, la lanzadera, y un paquete ó fardo que representa al comercio; del tronco de este árbol se desprende y ondea á ambos lados el precioso lema: *Florece fomentando*, que puede competir con el «*Fert omnia tellus*» de la Sociedad valenciana, y con el «*Socorre enseñando*» de la matritense. Dividió la sociedad en tres clases: agricultura, artes y comercio, escribiendo una memoria para cada una de ellas. Le debe la Sociedad el método de hilar al torno, por medio del que él inventó, universalmente celebrado. Compuso y leyó en la misma varias memorias sobre el camino carretil á Tortosa, navegacion del Ebro, y obras del canal Imperial, habiendo contribuido en la forma que se ha visto al levantamiento de la casa de Misericordia, obra de que blasona justamente la sociedad como suya, habiendo sido sus individuos, y Pignatelli como tal los que la fomentaron. En fin, la Sociedad aragonesa, de que se le puede considerar el primer fundador, puede gloriarse, y se gloria, de ser la única, aun en la Europa toda, que ha contado entre sus individuos uno singular en su talento, admirable en sus luces, feliz en sus invenciones, constante en sus empresas, activo en sus obras, claro en sus ideas, liberal en comunicarlas á beneficio de la humanidad, y en una palabra, un verdadero socio en la persona de don Ramon Pignatelli.

Formó el plan de la mayor parte del palacio arzobispal, obra de importancia y de mérito sobresaliente, que reedificó el arzobispo Palomeque; y en la infinidad de obras interesantes, difíciles y de mucho coste que ejecutó, no necesitó en todas ellas de otros profesores que los aragoneses bajo su direccion. Fué nombrado académico de honor de la de San Fernando en 1774, presidente de la junta que se estableció en Zaragoza para erigir la Academia de Bellas Artes. Fué socio de mérito de la Vascongada, y honorario de la Matritense, que lloró su pérdida como la Aragonesa, en una memoria que como esta imprimió tambien, reuniendo en ambas como en un mudo y frío trasunto, los destellos de su genio, los rasgos de sus virtudes cívicas, para que en ambos sentidos sirvieran de enseñanza y de emulacion á los venideros, sus inimitables virtudes.

Murió Pignatelli en Zaragoza en 30 de junio de 1793, y aun en su muerte fué grande, pues si hemos de dar entero crédito á nuestras convicciones, lógicamente nacidas en la deducccion de los hechos, en las tradiciones y el estudio de su carácter y sentimientos, murió de pundonor de no hallar medio de continuar su colosal proyecto de canalizacion. Habia llegado este mas allá de las alturas de Torrero al frente de Zaragoza y la construccion seguia sin dificultad ninguna, se comunicaron las aguas á los últimos trozos y cuál fué el asombro de Pignatelli cuando las vio absorbidas por el propio terreno que se abria en simas y tragaba los raudales? Habíase terminado algo mas de la mitad de su proyecto, y desvanecido al parecer las mayores dificultades y obras mas gigantescas que en él habian de presentarse; pero los radicales sacudimientos políticos acaecidos en la vecina Francia, el habersele en 1794 declarado en quiebra el tesoro por mas de diez y seis millones de reales; otras dificultades que tambien se le ofrecieron y mas que todo el haber encontrado como se ha dicho, con un terreno sinuoso que absorbía las

aguas del canal, fueron causales poderosos que le afectaron profundamente. El gobierno habia hecho sacrificios inmensos para conseguir la realizacion de esta gran obra; habiale con munificencia real abierto las arcas de su tesoro, y aumentado este con el levantamiento de empréstitos; se le rodeó de un prestigio y de una autoridad sin limites, en fin, el monarca que ejogió en pública corte las obras y el mérito y constancia de Pignatelli habia depositado en él una completa confianza. ¿Cómo, pues, los sentimientos mas nobles que poseia no habian de levantarse contra él? ¿Cómo habia de contentarse con ser inocente y probo, eminente y superior, cuando sus pensamientos, que formaban toda su existencia, venian á fracasar de una manera tan inesperada é inaudita? Bajó, pues, al sepulcro, empujado sin duda desapiadadamente por el nobilísimo sentimiento del pundonor; hizo su tránsito como debia hacerlo un hombre verdaderamente religioso, que bien lo habia demostrado el que sacrificaba su existencia entera al bien de la patria, el que era protector de las clases desvalidas, aquel cuya mano benéfica nunca se encontró cerrada para el menesteroso que demandaba una limosna. Tuvo sí algunas debilidades, segun la tradicion nos ha revelado, de aquellas menos censurables en los hombres de genio ardiente, de talento profundo, de imaginacion viva y estimulada; formuló ademas sus proyectos copiando en ellos su alma tan grande y elevada, quién al observar las obras de sus ideas no ve en todas y en cada una los destellos y el retrato de su colosal figura? Colosales eran sus planes, y esto sea quizá uno de sus defectos; quiso unir en un propio pensamiento las ideas de la navegacion y del riego, dióle tambien dimensiones excesivas, y esto contribuyó á multiplicar las dificultades y aun esterilidad de sus ideas. Este fué el grande defecto de Pignatelli, la grandiosidad de sus pensamientos, la elevacion de sus ideas, la forma colosal que daba á sus proyectos. Pero estos defectos que le ennoblecen, ademas de serle innatos y coexistentes á su naturaleza, los respiró tambien en la atmósfera que envolvió á los sabios de su siglo. Ninguno como el autor de esta biografia ha refutado de una manera solemne los proyectos de este munifico aragonés; ninguno tampoco se ha presentado como él lo hace, á esplicar desde luego en qué forma deben admitirse como defectos los pensamientos de este héroe. ¡Ah! si la posteridad le tuviese reservada alguna página en la historia ¡cuán indulgente necesitará ser con este otro hijo de la insigne ciudad de Octaviano. Los defectos de este grande hombre podrian constituir la gloria de otros mortales; ¿pero Pignatelli ha muerto? No... Pignatelli vive... vive y vivirá constantemente en el corazon de cada uno de los aragoneses.

NICOLAS MALO.

DEL DESAFIO EN DIFERENTES ÉPOCAS.

La palabra *desafio* en la acepcion de una provocacion á lucha y combate para justificar alguna cosa que se propone entre los hombres, pero sin derramamiento de sangre, es tan loca, que puede comprender una porcion de bagatelas, que por el ningun resultado útil que de ellas se desprende, han merecido el nombre menos alarmante de apuestas. Hácense estas de mil pequeneces, que ocasiona el trato comun de los hombres, por diversion unas veces, otras por una exaltacion pasagera. Tales son los desafíos ó apuestas en muchos juegos, en la carrera, en la glotoneria, y hasta en el baile, desconocido el desafío de este hoy dia, pero muy usado durante el siglo XVII con padrones y carteles.

No nos ocuparemos aqui de estas apuestas, que aunque en parte les conviene el nombre de *desafio* que se les daba antiguamente, el ser consecuencias mas grandes y casi siempre funestas las que resultan del desafío, que puede llamarse de sangre, hace que el nombrarlas de aquel modo no esté hoy en uso. Queda, pues, solo la palabra *desafio*, designando la provocacion á singular combate que se hace, ya para borrar una afrenta, ya para hacerse justicia, ya finalmente para justificarse derramando la sangre del contrario, aunque sea erróneamente, yendo contra la religion, contra la razon y contra la sociedad.

El instinto de *combatibilidad*, poco o nada desarrollado en unos, lo suficiente en otros, y mucho en los terceros, ocasiona sin duda alguna este deseo mas ó menos grande que tenemos de rechazar las agresiones injustas, de oponer resistencia á la fuerza, y de arrostrar los mayores peligros. De aquí tambien que son miedosos y cobardes los primeros, prudentes, firmes y razonables los segundos, y fogosos y pendencieros en demasia los últimos. El justo medio es el mejor, puesto que el hombre que ni es pusilánime ni arrogado, tiene el verdadero valor, y un espíritu seguro, firme y razonable, para pasar á través de esta vida llena de penas y adversidades, mas que de gozes y de dichas.

Que el desafío fué conocido de la mas remota antigüedad no lo dudamos, porque nos presenta la historia entre otros los de Eteocles y Polinice, David y Goliath. Ha sido siempre el desafío compañero del hombre, como todos los instintos y todas las pasiones. Bien es verdad que si se empeñaba con el fin de derramar sangre, no era por fútiles causas como el de nuestros siglos, ni como medio de probar un derecho como fué en la edad media, y de que hablaremos, ni como medio de hacerse uno mismo la justicia en tiempos de barbarie y de crueldad. Mas no deja de ser ya desde aquellos remotísimos tiempos ocasionado por el deseo de vengarse y de justificarse, y muchas veces lunar disculpable de las costumbres de la época.

La misma historia nos revela que en los siglos medios era el desafío un modo de probar el derecho. La España de aquel entonces, caballeresca á la par que ruda y poco civilizada, nos muestra muchos ejemplos de combates judiciales, llamados *Juicios de Dios*, en que suponian nuestros honrados bisabuelos adjudica el Ser Supremo la victoria siempre al que estaba inocente ó tenia de su parte la razon. Muchas víctimas inocentes fueron arrancadas así de las manos del verdugo, ó del atrevido calumniador; pero tambien ¡cuántas no perecieron en una lid en que si bien las armas eran iguales, no lo eran nunca ni los ánimos ni las fuerzas de los combatientes! De igual manera nos muestra la historia de aquellos siglos desafíos y combates particulares de guerreros célebres, en que la victoria de alguno de ellos, decidía la suerte de provincias enteras, y aun de una nacion. Muchos son los casos en que ejércitos despedidos unos contra otros con furia violenta, pararon al primer choque de las armas, contemplando con ansia inesplicable á sus respectivos caudillos cómo luchaban cuerpo á cuerpo para darse á la fuga ó cantar himnos de alegría segun cual fuese el vencedor. Casos tambien en que adalides de distintos partidos, y de diferentes campamentos enemigos, ó ya del real sitiador y de una ciudad sitiada, se enviaron mutuamente y sin conocerse, carteles de desafío, que se llevaba á cabo á lo lejos, pero á vista de muchedumbre de guerreros y de damas y de personas de todas clases, edades y sexos. Las crónicas de Granada entre otras, nos ofrecen muchos de estos ejemplos en tiempo de su conquista; pero solo se hacia en ellos alarde del valor, y en aquel derramamiento brutal de sangre, no entraba para nada la mas mezquina idea de rencor ni de venganza. Los desafíos de nuestros dias no son disculpables como aquellos en que la preocupacion y la indole particular de la época los ocasionaba casi siempre.

Como medio de probar un derecho es sabido fué tambien el desafío, creyendo erróneamente que Dios daba la victoria al inocente ó al que tenia razon, sin considerar á veces ni la edad, ni las fuerzas y el ánimo distinto de cada combatiente, ó accidentes imprevistos que la adjudicaban al que menos la merecia. La única prueba que hubo en cierta época en los pleitos que ocurrían entre cristianos y judíos, y aun entre cristianos entre sí, fué el juicio de la *batalla de escudo y baston*. En la historia critica de España de Masdeu, tomo XIII, página 93, hallamos que en Cataluña se conoció en el siglo XI, pues en un contrato hecho en 1080 por el conde de Barcelona con el vizconde de Carcasona y Coserans, se convinieron las partes, que si por alguna contienda de daños hechos y recibidos se hubiese de hacer campo, saldrían á pelear con escudo y baston dos caballeros, uno por cada parte, nombrados y aprobados por cuatro hombres buenos, dos de cada partido, y el príncipe cuyo caballero perdiese, pagaria al contrario, no solo el duplo de lo que se habia disputado, sino tambien los gastos de la batalla, y el premio prometido por el vencedor á su caballero. En Castilla y Aragon se conoció tambien esta prueba judicial; mas en donde estuvo muy arraigada fué en Navarra, sobre todo entre los labradores; y le vemos todavia en uso en el siglo XIV, como consta por un código que contiene el ordenamiento y mejoramiento de los fueros de Navarra ordenados de nuevo por el rey don Felipe, é inserta el siguiente caso: *Batalla de labradores. Anno Domini 1344, viernes primero enpaes sant Urban (28 de mayo) lidiaron en Pamplona, en Costalave, en el campo, Johan, et Pedro, hijo de Garcia Calmes, vecinos de Falzes, por la muerte de..... et fueron esquezados, et avian escudos de vergas, et los bastones cada cinco palmas en luego, et vestidos de baldres, como foias de acero, et cofia de baldres et todos descalzos, et movieron los reptadores, é labrador avian por felles; et el campo era redondo, como la era, et avia treinta pasos de un cabo al otro; et non vinieron captenedores, etc.*

Mencionada esta curiosa y no muy conocida clase de desafíos con baston y escudo de mimbres, como un medio de probar el derecho entre los labradores de los últimos siglos de la edad media; hablaremos ligeramente del desafío en el siglo XVII, en cuyo tiempo ya no fué ni laudable alarde de valor, ni medio de probar el derecho salvando al inocente; sino solo un remedio muy mal entendido para el honor herido, que parece estimaban sobremanera los españoles de aquella época. Las tradiciones de torneos, encantamientos, paladines, damas aprisionadas y raras aventuras que bullian en la imaginacion de la juventud de los reinados de Felipe III y Felipe IV; las costumbres imitadoras de otras mas antiguas caballerescas; la indole en una palabra de la época, con sus airosos trages, sus dueñas, menimes, pages y demas tapadas, el recuerdo de la galanteria de los antiguos españoles, el uso permitido de espadas, dagas y otras armas, todo finalmente, concurría para formar unos tiempos, y unas maneras y usos galantes al par que desenvueltos. Añádase tambien á esto, el respeto profundo á la ancianidad, (hoy perdido como tantas otras cosas) el respeto á la inocencia y al sexo débil, que poseian en sumo grado nuestros bisabuelos, y se verá como es en ellos algun tanto disculpable el mucho uso que hicieron del desafío. Sin embargo, pasó tambien á abuso, pues hubo tiempo en el mismo siglo XVIII, en el que la mas insignificante mirada, la mas leve pisada, codazo, palabra ó menor bagatela era justificada al momento con el derramamiento de sangre; y entonces se cubria muy á menudo de luto el corazon de muchas familias. Empero muchas veces quedaban castigados cual merecia la insolencia y atre-

vimiento, vicios muy desarrollados en nuestras populosas ciudades, y que pocas veces se escarmentan.

Finalmente, para tratar del desafío, en nuestros días nada disculpable porque no probamos con él un derecho, ni creemos en encantamientos, ni poseemos un ápice de la antigua galantería española; insertamos á continuación gran parte de lo que hablando de él ha consignado muy á propósito el doctor Moulau en su Higiene pública, y que llena cumplidamente todo lo que sobre el desafío pudiera decirse actualmente.

«..... en nuestros tiempos, en nuestra organización civil actual, el desafío es un asesinato, cuando el uno de los combatientes es mas fuerte ó mas diestro; ó una farsa ridícula, cuando solo se provoca ó se admite para dejar bien puesto el honor.

El jurisconsulto Loyseau ha demostrado superabundantemente que el duelo es contrario al derecho natural,—al orden social,—á la religion,—á la razon,—y á las leyes del honor. Los argumentos en que se apoya ocurrirán obviamente á cualquiera, y no tenemos necesidad de esforzarlos.

Los desafíos, han causado millones de desgracias en las clases civiles, y sobre todo en las militares. En Francia, desde 1827 á 1834, tuvo el ministerio noticia de quinientos diez desafíos: los ciento ochenta y nueve fueron seguidos de muerte de uno de los combatientes.

Si la opinion pública, si la moda, ordenó un tiempo los duelos en nombre del honor, hoy los condena en nombre de la humanidad. Los gobiernos deben apresurarse á triunfar de esa costumbre feroz, resto de los siglos de ignorancia y de barbarie.

Para conseguir este triunfo en Francia el baron de Saint-Victor propuso en 1820: 1.º prohibir la profesion de la esgrima en cuanto á la educacion civil; modificarla en cuanto á la educacion militar; ó impedir, por medio de una severa disciplina, que ese arte fuese dirigido contra franceses; 2.º cambiar la denominacion de punto de honor en la de punto de insulto: 3.º hacer dar palabra de honor á todos los militares y empleados de que en su vida apelaran al duelo: 4.º declarar deshonroso é infamante el acto de batirse: 5.º escluir de

los empleos y de las reuniones particulares á cuantos faltasen á su palabra de honor: 6.º asimilar los delitos cometidos en duelo á los que castigan las leyes civiles y criminales: 7.º infligir irrevocablemente la pena de muerte á los que la hubiesen dado, en menoscabo de las leyes, de su juramento y de su honor.

Nuestras leyes sobre los duelos y desafíos, segun puede verse en las del titulo 20, libro XII de la Novísima Recopilacion, han sido siempre terribles en su texto, pero de ordinario aplicadas con poquísimo rigor. Ni este es, á nuestro juicio, el mejor medio. La represion del duelo debe principalmente estar basada en la educacion de la juventud y en la reforma de las costumbres, la cual traerá la destruccion de las infaustas preocupaciones sobre el particular reinantes. La buena educacion pública ó de los adultos exige tambien que la prensa periódica al dar cuenta de un desafío, lo haga como cuando refiere otro delito cualquiera, afeándolo, y no diciendo que tal ó cual individuo ha pedido una satisfaccion, ha lavado una mancha, dejado en buen lugar su honor, portándose como caballero, etc. etc. En el día, semejante lenguaje, sobre inmoral, es soberanamente ridiculo.

Algunos de los remedios que propone el baron de Saint-Victor merecen tambien ser atendidos. A las modificaciones que aconseja dicho autor acerca de la esgrima, yo añadiría la prohibicion de los tiros de pistola fuera de los gimnasios militares. Los desafíos con pistola han venido á desnaturalizar hasta el carácter nacional: los mas de ellos (cuando no son una farsa ó una ceremonia) son puros asesinatos. Las heridas por armas de fuego son atroces, si no llegan á mortales; y de los desafíos con espada ó sable apenas hay uno que dé por resultado la muerte ó heridas graves. Además, pues, de la prohibicion indicada, el delito de desafío debiera contar como circunstancia agravante la de haberse tenido con pistola.

En algun caso, convendrá que el gobierno autorice jurados análogos á los tribunales de honor que se han establecido en varias universidades de Alemania para cortar el vuelo á la mania de los desafíos,

Los que se desafían con sable ó pistola deben ser tratados, cuando menos, lo mismo que los que andan á puñetazos por la calle, segun dice el señor Dupin mayor. Pero no queda así satisfecha la justicia: el desafío debe ser enteramente asimilado al homicidio voluntario, y como este, purgado ó curado en las penitenciarías. Los magistrados deben convencerse de que la deferencia estremada á ciertas preocupaciones no hace mas que robustecerlas y perpetuarlas.

Solo por esos medios, ú otros análogos, perseverantemente empleados, conseguirá el gobierno desterrar del todo esa pasion sanguinaria, y hacer comprender á todo el mundo que es la mayor de las demencias, y un verdadero crimen, el ir á buscar la razon ó el derecho en la punta de una espada ó en la boca de una pistola.

Hay ofensas (dicen algunos) que las leyes no pueden castigar; hay casos en que afectado desagradablemente el sentimiento de nuestra dignidad personal, tenemos que acudir personalmente á sostener esta, porque si implorásemos el auxilio de las leyes para que la sostuviese, daríamos una prueba de que carecíamos de ella.—Pero esto no justifica en manera alguna el desafío. Si las leyes no pueden castigar ciertas injurias ú ofensas (lo cual negamos), hágase de modo que puedan castigarlas todas: y por otra parte, no hay ofensa personal, no hay insulto verbal que verbalmente no pueda refrenar el ofendido, si ya el disimulo, el perdon ó el desprecio, no son los verdaderos castigos para el imprudente, y los medios mas razonables de acreditar su dignidad y su educacion el ofendido. Y en todo caso, mas disculpable seria á nuestros ojos una violencia, una reaccion material en el acto del insulto, que un combate á sangre fria á las veinte y cuatro horas, á los dos dias, ó á la semana despues de recibida la ofensa. El abanicazo dado por el dey de Argel á un cónsul francés, podia y debia haber dado lugar á cualquier otra cosa que á una guerra. Pero la preocupacion ha querido disponerlo de otro modo; y contra esta fatal preocupacion deben clamar incesantemente la higiene y la filosofia

ESCENAS DE HOY.



—Y don Cosme, no está en casa?
—Se marchó anoche á un pueblo que me parece que le llaman distrito á pretender el empleo de diputado.

ANTES DE LA BODA.



—Si, te adoro, Juan, y nunca me apartaré de tu lado.
—¿Qué feliz soy, Carolina!



Un pescador del Manzanares.

UN AÑO DESPUES DE LA BODA.



—Carolina, no puedo salir porque tengo que despachar este expediente.
—Pues yo me voy, Juan, que me espera la Conchita para ir al Prado.

UNA GANGA.



—Cuatro duros!... En un mes no lo gano.
—Pues es una ganga; perteneció á un consejero de Castil que lo heredó de su abuelo.

DELICIAS DE LA PATERNIDAD.



—Papá, yo quiero ir á la Fuente Castellana.
—Papá, yo quiero ir al Camino de hierro.

EFEMERIDES DEL SIGLO XIX.

DIA 44 DE ABRIL.—Año de 1812. Accion de Osuna.
—1834. Accion de Pauls.
DIA 15.—1810. Accion de Zalamea.—1834. Accion de Ruidera. 1838. Se rinde Calanda á los carlistas.

DIA 16.—1834. Accion de Goriti.
DIA 17.—1834. Accion de Herrera de Pisuerga.—1839. Defensa de Villafanés.
DIA 18.—1839. Accion de Alcolea del Pinar.
DIA 19.—1810. Se emancipan algunos pueblos de América.—1834. Accion de Matalobos.
DIA 20.—Accion del puente de Vidarreta.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

Cuando Dios quiere
con todos aires llueve.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.
Establecimiento tipografico, calle de Santa Teresa, núm. 8